

LA CRISIS DE LAS NACIONALIDADES EN LA UNION SOVIÉTICA*

**Boris Lvin, Arturo Fontaine Talavera,
David Gallagher y Julio Retamal Favereau**

El Centro de Estudios Públicos, considerando la importancia de las transformaciones por las que atraviesa hoy la Unión Soviética, organizó nuevamente en el mes de abril del presente año dos mesas redondas con el fin de analizar, esta vez, el tema de las nacionalidades y los procesos de "desestatización" que están teniendo lugar en ese país.

En la primera de ellas, que se reproduce a continuación, se abordó el problema de los distintos pueblos que integran la Unión Soviética y las proyecciones políticas y económicas del eventual colapso del imperio soviético. Aquí se transcriben los planteamientos centrales del profesor Lvin, investigador de la Academia de las Ciencias de la Unión Soviética, así como los comentarios y preguntas de los señores Julio Retamal Favereau, Arturo Fontaine Talavera y David Gallagher.

*Versión editada de mesa redonda realizada el 24 de abril de 1991 en el Centro de Estudios Públicos.

Véase también en esta edición la mesa redonda titulada "La desestatización de la Unión Soviética: Implicancias para el futuro". Asimismo, en *Estudios Públicos*, 41 (verano 1991), "Impresiones sobre la Unión Soviética" por Arturo Fontaine Talavera y David Gallagher; "La fase superior y última del socialismo", por Vitaly Naishul; y las mesas redondas "Transición hacia economías de mercado: El caso de la URSS" y "Hacia una economía libre: La URSS y Hungría".

Boris Lvin:*

El tema de las nacionalidades ha cobrado precisamente ahora singular importancia en la Unión Soviética. Sin embargo, para la mayoría de los políticos y dirigentes del país la agudización de los conflictos nacionales ha sido, en cierto modo, una sorpresa. Quien fuera el ideólogo de la *perestroika*, por decirlo así, el profesor Yuri Afnásiev, expresó muchas veces en publicaciones extranjeras que nosotros no esperábamos que la democracia fuese a despertar con tanta fuerza los temas nacionales.

El problema de las nacionalidades, en mi opinión, no es sólo uno de los más severos que enfrenta nuestro país, sino que constituye un asunto fundamental para la reforma de la vida social y política. Los otros aspectos del poder soviético de los últimos sesenta años -lo que se llama el socialismo real- corresponden más bien a una discusión particular acerca del desarrollo nacional del antiguo imperio ruso, controversia que se resolvió mediante la conservación momentánea del imperio sobre la base de una nueva ideología. Y esta mantención del imperio es lo que ha conducido finalmente al colapso y quiebre que observamos hoy.

Permítanme detenerme brevemente en la génesis del poder soviético, para hacer más comprensible mi argumentación. Como se sabe, a raíz de la primera guerra mundial se desintegraron los principales estados multinationales de Europa (el imperio otomano, el imperio austro-húngaro y el imperio alemán). El imperio ruso, por su parte, emergió de la guerra en un estado de virtual semidesmembramiento. En 1917, sin embargo, no había en Rusia ni un solo movimiento político propiamente ruso. Todas las corrientes políticas, desde el ala ultraizquierdista de los mencheviques hasta el sector derechista de los cadetes y los monarquistas, eran representantes, en mayor o menor medida, del imperio como nación; sólo tenían visiones diferentes respecto de cómo mantener el imperio en el futuro. Aunque los círculos liberales más izquierdistas proponían garantizar a los pueblos alguna forma de autonomía cultural, la posibilidad de revisar las fronteras, dando pie a la desintegración del imperio, era rechazada por todos. Es sintomático que todos los partidarios del imperio fuesen derrotados en la guerra civil, de manera que los únicos que pudieron consolidar el Estado y efectuar una

*Investigador del Instituto de Economía Política de la Academia de las Ciencias de la Unión Soviética. Su área de especialización ha sido la historia de la formación de los Estados nacionales. Entre sus escritos puede mencionarse "Mecanismos sociales de reforma económica" en la colección *Postizhenie* (Moscú: Editorial Progress, 1989).

especie de reconquista, un nuevo establecimiento de las fronteras -que sólo concluiría después de la segunda guerra mundial- y realizar luego una expansión territorial que llegaría hasta el territorio de América Latina fuesen los bolcheviques.

Ahora, ¿qué caracterizaba a la ideología bolchevique? La particularidad de ésta no radicaba en su carácter socialista ni en su fidelidad a los dogmas y conceptos marxistas, sino en que combinaba, de manera paradójica, un rechazo a la desigualdad existente entre los pueblos del antiguo imperio ruso con un concepto mesiánico extraordinariamente poderoso. Este mesianismo bolchevique fue el fundamento teórico último del renacimiento del cuasiimperio ruso -si se me permite expresarlo así-, sobre la base de una nueva estructura económica.

El desarrollo de la llamada NEP (Nueva Política Económica) y el recio ataque contra el campesinado tenían por finalidad acelerar el proceso de industrialización que permitiría, según la dirección política, formar un nuevo Ejército, el más poderoso del orbe. En la segunda mitad de la década de 1920, cuando en el resto del mundo se favorecía el desarme, en Rusia se aceleraba la militarización. Rusia, que ya desde los años de la revolución en China había comenzado a mostrar pretensiones de participar cada vez más en la resolución de los problemas internacionales, dejaba ver su anhelo de alcanzar el *status* de imperio mundial. La aceptación tácita de condiciones de vida sumamente difíciles, prácticamente de miseria, participando en construcciones que significaban durísimo trabajo, se compensaba por la satisfacción que daba la "conciencia imperial", lo que en el lenguaje convencional de la política soviética se denominaba "ayuda fraterna". Y esto explica, precisamente, el carácter paradójico de la cosmogonía política del pueblo ruso, en la que no hay sentimiento de superioridad respecto de los demás pueblos, sino que se subraya el hecho de que los demás pueblos son más trabajadores, más cuidadosos, tienen menos vicios y, sin embargo, pese a todo ello, existe la convicción de que los rusos tienen el deber de dirigir su vida política.

La segunda mitad de los años 1920 se caracterizó por una lucha en el interior del propio movimiento comunista, entre el ala marxista ortodoxa, que no reconocía el liderazgo de una determinada nación o país en la construcción del comunismo, y lo que se llamó el ala bolchevique, que se sometía permanentemente a los intereses imperiales de Moscú. Esta última, luego de una victoria tras otra, finalmente se impuso. Después de la revolución de 1923 y, posteriormente, con la derrota de Trotsky en la discusión sobre la revolución china en 1927, el movimiento comunista, en la medida que estaba controlado por la Internacional, pasó a ser simplemente un arma para la

expansión ideológica soviética. Más tarde, en Europa Oriental, durante los primeros años que siguieron a la toma del poder por los comunistas tuvo lugar también una pugna entre los partidarios de la línea promoscovita y los adherentes a una línea independiente de construcción del comunismo, y prácticamente en todos esos países, salvo en Yugoslavia y China, triunfó la fracción moscovita.

De manera que el imperio continuó existiendo, pero los límites históricos de su desarrollo estaban determinados por la economía, es más, por la irracionalidad de la economía. A mediados de los años 1970 terminaron por extinguirse las últimas reservas de ese modelo económico que se había originado en nuestro país bajo determinados planteamientos políticos. La Unión Soviética sufrió efectivamente una derrota económica, la que estuvo acompañada por un factor demográfico, cual es la desaparición de una generación completa de líderes soviéticos, es decir, de ésa que llegó al poder como resultado de las purgas de Stalin en el año 1938 (Brezhnev, Andrópov, Chernienko y otros).

Comenzaron a emerger, entonces, nuevos líderes que procuraron encontrar una salida al punto muerto al que se había llegado, pero conservando siempre como objetivo principal los mismos fines anteriores, esto es, pretensiones, no diré de dominio mundial pero sí de primacía, de liderazgo, de imperio mundial. En efecto, los primeros intentos por atenuar la presión de la estructura ideológica soviética dejaron en descubierto los fundamentos antes ocultos de esa estructura ideológica y, más exactamente, el anhelo de conservar la unidad del país a cualquier precio.

Actualmente, el objetivo principal de la dirección política del país, personalizada por el presidente Mijaíl Gorbachov, junto a determinados órganos de dirección de la URSS, como el Ejército, el KGB, la guardia fronteriza, las empresas del complejo industrial militar -donde trabajan principalmente rusos, independientemente de en qué república se encuentren esas empresas- no es en absoluto la preservación de la propiedad en manos del Estado, ni tampoco la conservación del sistema de bienestar social. El principal objetivo de la dirección política soviética es la conservación del imperio, la preservación de la unidad del país a cualquier precio. Esta es la materia de mayor controversia en nuestro país. No está en discusión el asunto de construir o no construir el capitalismo.

El problema actual de la URSS se divide, en cierto modo, en dos partes. Voy a explicar brevemente cada una de ellas y con esto terminaré mi intervención. La primera concierne a las repúblicas y los pueblos no rusos que integran la URSS; la segunda dice relación con la falta de identidad nacional del pueblo ruso.

En cuanto a los pueblos no rusos, cabe señalar que éstos se distinguen por tener una de dos características o bien una combinación de ambas: o son pueblos muy pequeños -cuya población no supera los tres millones de personas- o se trata de pueblos -en algunos casos bastante numerosos, como los bielorrusos o los ucranianos- que no han tenido tradición de Estado propio y carecen de un pasado histórico independiente al cual apelar; pueblos que se encuentran recién en la etapa de formación de su conciencia nacional, en proceso de superar todavía la identidad tribal o territorial. (Aquellos pueblos del antiguo imperio ruso que eran relativamente numerosos y tenían una conciencia nacional desarrollada -me refiero principalmente a Polonia y a Finlandia- supieron separarse de Rusia en forma tan eficaz que los intentos de reconquista, como se sabe, no fueron coronados por el éxito.)

El hecho de que pueblos muy pequeños o que se encuentran en las primeras etapas de formación de una conciencia nacional expresen ahora pretensiones de independencia es sintomático del derrumbe de la economía y de la máquina militar soviética de represión. Los lazos y los contactos entre las repúblicas comienzan a deteriorarse, y a medida que el proceso avanza aumentan las posibilidades, primero para las repúblicas del Báltico y para Georgia -es decir, para las repúblicas que tienen fronteras marítimas y territorios nacionales bien delimitados-, de alcanzar la autodeterminación.

En primer lugar, entonces, está el problema de las fronteras entre las repúblicas nacionales. La noción de que las fronteras existentes son sagradas es absolutamente extraña a los pueblos del país soviético. En algunos lugares, entre Azerbaidzhán y Georgia, por ejemplo, tienen un carácter histórico-dinástico: son las fronteras de antiguos estados feudales conquistados por Rusia. Otras, entre Armenia y Azerbaidzhán, se establecieron según criterios geográficos, por las más altas cumbres de las montañas. Debido a ello, hay una concentración importante de azerbaijanos en Armenia, y una cantidad importante de armenios vive hoy en Azerbaidzhán. Y también hay fronteras que obedecen a consideraciones puramente económicas. En suma, prácticamente todas las fronteras de las repúblicas de la URSS son actualmente discutibles. La independencia de las repúblicas, por tanto, no estará libre de disputas territoriales.

A lo anterior se agregan, a su vez, los movimientos migratorios y los traslados de personas de una localidad a otra. Hay vastas regiones cuya población es muy heterogénea, y sobre las que tienen pretensiones territoriales los pueblos más diversos. Por otro lado, en los últimos tres años cerca de tres millones de personas se han desplazado de una región a otra, y es muy probable que esta cifra aumente considerablemente en el futuro.

La situación de algunas naciones del Asia Media puede servir de ilustración. Los uzbekos, de habla turca, vivían principalmente en localidades campesinas; los tadzhikos, cuyo idioma coincide prácticamente con el persa de Irán, vivían en las ciudades. Puesto que era muy difícil crear repúblicas cohesivas, una parte de las ciudades de lengua tadzhika, en primer lugar Bujará y Samarcanda, que eran antiguos centros de civilización en el Asia Media, pasaron a formar parte de Uzbekistán. Luego, en el año 1932, cuando se les entregaron documentos de identidad a los habitantes de las ciudades, a todos se les impuso allí la nacionalidad uzbeka, aun a los tadzhikos. De acuerdo a las estadísticas, entonces, no hay tadzhikos en Uzbekistán (aparte de este documento, no existe en la Unión Soviética otro medio de demostrar la nacionalidad).

Tal es el tenor de algunos de los problemas de la población no rusa. Cómo se resolverán, es un enigma por ahora. La historia ha mostrado, sin embargo, que las fricciones entre naciones, por ejemplo, en Uzbekistán, en Kirguisia, en Tadjikistán, se han caracterizado por una crueldad extrema, y sólo la intervención de unidades especiales del Ejército soviético ha podido ponerles término.

Asimismo, en relación a la población no rusa, está también el problema de las fronteras de los países que rodean a la Unión Soviética, las que se congelaron gracias a la mantención del imperio ruso. Pero ahora, junto con el deshielo en la Unión Soviética, comienza el de los países vecinos, y aquí, al parecer, pueden esperarse cambios en las fronteras en torno a la Unión Soviética. En lo que se refiere a Europa, no veo posibilidad alguna de que se pueda conservar la unidad del Estado en Yugoslavia ni en Checoslovaquia, por ejemplo; por otra parte, puede esperarse una gran agudización de los conflictos territoriales entre Hungría y Rumania, así como entre Bulgaria y Macedonia, que forma parte de Yugoslavia. Pero los conflictos más severos tendrán lugar seguramente en el sureste de nuestro país, en especial si el Azerbaidzhán soviético obtiene algún grado de independencia, pues no cabe imaginar que vayan a quedarse sin participar en ello los habitantes de Azerbaidzhán del sur, que viven en territorios que hoy corresponden a Irán. Los pequeños kanatos azerbaidzhanos, pequeños estados feudales, fueron sencillamente aplastados como resultado de las innumerables guerras entre Rusia y Persia. La frontera, conforme a un criterio puramente geográfico, pasa parcialmente por el río Arak, y así, en el propio Irán, la población persa no constituye sino el cincuenta por ciento del total, pues allí vive también gran cantidad de turkmenos y de árabes. Por consiguiente, la mantención de la unidad territorial de Irán, y en parte de Afganistán, tampoco será nada fácil. Esto en lo que se refiere a los pueblos no rusos.

En relación a los problemas específicos del pueblo ruso, diría que éstos quedaron de manifiesto en estos últimos años al verificarse una serie de actos electorales democráticos y libres: la elección del Soviet Supremo de la URSS y del Congreso de Diputados del Pueblo de la Unión Soviética, y luego, un año después, en la primavera del año 1990, la elección del Soviet Supremo de la República de Rusia y de los órganos regionales de poder.

En las repúblicas nacionales, en general, los partidos y movimientos políticos respondían sobre todo a intereses nacionales locales, sin importarles las consecuencias que la votación en favor de tal o cual partido podría tener para el destino de la Unión Soviética en su conjunto. El pueblo ruso, en cambio, demostró que todavía se identifica con la Unión Soviética como tal, y en la esfera de sus intereses políticos entra, por consiguiente, todo el territorio soviético. Es cierto, por otra parte, que los rusos no ven con buenos ojos al gobierno central, pero ello se debe a que lo perciben como un freno para las transformaciones democráticas y económicas. En efecto, la población rusa anhela cambios en la economía, pero los visualizan en el marco de la Unión, es decir, por el camino de la resistencia contra las tendencias nacionalistas de los demás pueblos.

En síntesis, el pueblo ruso no ha logrado desarrollar un centro de interés político propiamente nacional. Esto se expresa, parcialmente, en el hecho de que no ha habido en Rusia ningún movimiento político ruso sino hasta la aparición de Yeltsin (por cierto, un fenómeno muy complejo). Personalmente he presenciado muchos intentos de crear partidos políticos rusos de orientación democrática, pero todos ellos fracasaron. Tampoco se ha logrado formar un partido ruso de orientación conservadora: ni siquiera existe un Partido Comunista de Rusia, pues éste constituye, más bien, una mera unidad administrativa formal, con sus correspondientes sedes, automóviles, honorarios, cargos, pero no funciona como una verdadera organización política de Rusia. La conciencia cívica rusa apunta a la totalidad de la Unión Soviética y por eso es estéril.

Termino con la siguiente observación: ¿En qué se expresa la existencia de una conciencia nacional? A mi juicio, en que las personas pueden autodelimitar y subordinar conscientemente sus objetivos y anhelos a la obtención de uno solo que se identifica con el Estado nacional. En nombre de ese objetivo están dispuestas a reconocer la autoridad de determinado dirigente o líder; en su nombre están dispuestas a elegir entre diversos caminos de desarrollo nacional, y para ello, entre otras cosas, se agrupan en partidos o movimientos. Actualmente la conciencia cívica rusa carece de todos estos elementos. Los rusos no han logrado tener líderes propios; tampoco han podido crear fracciones claras del Partido Comunista. Es interesante

observar que si bien ha habido una división partidaria, ésta se basa, en realidad, en consideraciones de lealtad política personal hacia tal o cual político, es decir, los diputados rusos no se sienten representantes de la nación rusa. Y en los cargos más altos de los órganos de poder (siempre se necesita un vocero, un presidente, un moderador), tras prolongadas vueltas de elecciones, se elegía a las personas menos brillantes, las más insignificantes, aquellas que no plantearían desacuerdos ni cuestionamientos. Curioso fenómeno.

Al no haber objetivos o intereses claramente nacionales en Rusia, ha surgido el fenómeno denominado "desfile de las soberanías", en que cada órgano de poder, desde la comuna hasta el Soviet Supremo de Rusia, manifiesta pretensiones de poder casi absoluto en su territorio específico, produciéndose así una lucha frenética entre ellos. Por ejemplo, si se trata de discutir los problemas de la privatización de la vivienda, no consiguen ponerse de acuerdo en qué presupuesto habría que abonar las escuálidas sumas que la gente todavía está dispuesta a pagar por obtener una vivienda.

Cualquier intento de llevar a la práctica una voluntad de reforma económica, ya sea con orientación conservadora o, por el contrario, con orientación progresista radical, es bloqueada por los órganos inmediatamente inferiores o superiores, es decir, por los propios representantes del pueblo. En tales condiciones, la actividad real del Estado va disminuyendo paulatinamente hasta quedar reducida a cero. Si el rey Midas de la mitología griega con su solo tacto transformaba todo en oro, en nuestro país (me refiero a Rusia) todo lo que el Estado toca se transforma rápidamente en cenizas.

En este escenario, los únicos mecanismos que actúan eficazmente, y de los cuales depende cada vez más la subsistencia de las personas, siguen siendo, básicamente, los contactos y los acuerdos personales. Si no hace mucho todavía se podían utilizar los órganos estatales para satisfacer alguna necesidad vital, digamos, reparar una cañería de agua o llegar en taxi a tal o cual lugar, ahora se hace cada vez más necesario dirigirse a entidades privadas, las cuales, en las condiciones actuales de desintegración del Estado, ya no se someten a control ninguno, ni siquiera por consideraciones sanitarias o de seguridad. En otro plano, cada vez más instituciones estatales colocan sus edificios bajo la custodia de servicios privados de seguridad. Sin duda, la privatización de las funciones de seguridad y de orden en nuestro país es algo que se ve venir. La vida, la economía, en la medida en que el Estado va desintegrándose, se hace liberal por la ley de la selva. Sin embargo, no creo que esta situación de total anarquía, en términos de legislación, seguridad y orden, pueda mantenerse de manera indefinida.

Pienso que en nuestro país -quiero decir Rusia-, después de la desintegración de la Unión Soviética, se liberalizarán bruscamente las rela-

ciones económicas. Por otra parte, creo que el futuro Estado ruso presentará nuevamente un modelo de fuerza a fin de asegurar el respeto de ciertas normas mínimas, pero muy precisas, de comportamiento económico y político. Es más, posiblemente habrá una dictadura muy severa en lo político, y la base de esa dictadura será el sentimiento de honda humillación del pueblo ruso, un sentimiento de abismo ideológico y político.

Actualmente envejece la primera y, al parecer, la última generación de "soviéticos", personas que nacieron, crecieron y fueron socializadas en el régimen comunista. Para ellos, observar el derrumbe de todos los paradigmas anteriores, del sistema, de su visión del mundo, es muy duro. Descubrir que lo que ellos creían era la Rusia unida (porque para ellos la Rusia unida era la Unión Soviética) se parte en pedazos y se desintegra en todas direcciones, es muy duro.

Ya el año pasado hubo un hecho sumamente significativo con la aparición de los primeros *progroms* rusos: los rusos comenzaron a ser golpeados por el solo hecho de ser rusos. Si bien la población rusa no protestó, lo tomó en cuenta. A mi juicio, esa profunda humillación nacional, dadas las condiciones actuales, exige una dirección firme del proceso de reforma.

A países como Alemania y Japón la historia les obsequió tales reformadores duros. En condiciones de ocupación tuvieron a Estados Unidos, que les impuso su sistema político y su sistema económico. Creo que el actual florecimiento de Alemania y de Japón se debe en gran medida al hecho de que no fueron ellos mismos los que eligieron su vía de desarrollo económico, sino que les fue impuesta. En el caso de Turquía, por ejemplo, después de la primera guerra mundial, en condiciones de un descalabro completo del Estado turco, con una anarquía total y faltándoles a los invasores voluntad para organizar racionalmente la vida estatal turca, se necesitó la dictadura de Kemal para consolidar la nación turca, hacerla renacer y conducirla a su florecimiento actual.

Pienso que a nosotros nos espera una dictadura muy severa, específicamente en Rusia -no en la Unión Soviética-, combinada con un régimen muy liberal en el terreno económico.

Julio Retamal Favereau:*

Si bien lo expuesto por el señor Lvin concierne más a la ciencia

*Profesor de Historia Moderna en las universidades Católica de Chile, Adolfo Ibáñez y Gabriela Mistral.

política que a la historia, mi especialidad, me gustaría hacer algunos comentarios para aclarar ciertos puntos.

Por ejemplo, ¿en qué medida el imperio soviético es o no continuación del imperio ruso? Según Toynbee, sí lo es. El imperialismo vendría de Bizancio, de allí habría pasado a Rusia en la época de Iván III, que se proclamó cesar; es decir, la tercera Roma. La primera Roma había desaparecido en la antigüedad, la segunda Roma había sido Constantinopla, la tercera Roma era Moscú, y ésta era la última, la definitiva. De modo que en esa actitud ya hay una aparición de mesianismo: prometer la última Roma, el gran imperio final del mundo.

Bajo la época de los zares, especialmente bajo Groznyi Iván, Iván el Terrible, Rusia se extiende enormemente hacia el sur y el este, y de ahí en adelante los distintos zares, posteriormente los Romanov, van a proseguir la extensión hasta Siberia y Alaska, por un lado, y por el otro hasta Finlandia y San Petersburgo, en las costas del Mar Báltico.

De manera que, siguiendo a Toynbee, el imperialismo soviético no lo creó el comunismo, sino que sería herencia del imperialismo zarista o ruso anterior.

Fundamentalmente, esto es lo que dice Toynbee. En cambio, Nicolás Danilevski, en un estudio publicado hacia 1870 en Rusia y más tarde traducido a varios idiomas, titulado *Rusia y Europa*, expresa lo siguiente: Europa ha sido la gran enemiga de Rusia. Rusia no ha logrado jamás insertarse en el marco europeo; todos sus esfuerzos pacíficos y moderados de colaboración con Europa han sido contrarrestados con violencia: Rusia ha sido invadida en el siglo XV por los lituanos, en el XVI por los polacos, en el XVII por los suecos, en el XVIII por los turcos, en el XIX por los franceses y en el XX por los alemanes. O sea, ha habido, entonces, una tensión muy grande entre Europa, Europa Central, Europa Occidental y Rusia.

La pregunta que surge es la siguiente: ¿pretende en este momento, ya sea la Unión Soviética, ya sea Rusia sola, integrarse a Europa? ¿Cómo piensa resolver este problema?

Creo que las repúblicas minoritarias, las repúblicas pequeñas, las repúblicas bálticas, son occidentales y lo fueron siempre. Vale decir, allí predominó el catolicismo o las reformas del catolicismo, como son las protestantes, y no la ortodoxia bizantina. Allí predominó el alfabeto latino y no el alfabeto cirílico. Allí hubo un desarrollo social, político y económico, de acuerdo a los modelos occidentales: feudalismo, monarquía parlamentaria o estamental, monarquía absoluta; más adelante, república con todas sus variantes. Allí se fundaron universidades, desde muy temprana época. Allí hubo todo un desarrollo, diríamos, de la cultura occidental. Eso comprende,

por supuesto, no sólo las repúblicas bálticas, sino Polonia, Bohemia, el antiguo reino checo, Hungría y el norte de Yugoslavia. Para mí, entonces, ésas son las fronteras de Occidente. Desde Finlandia hasta Croacia es Occidente.

El sur, vale decir, Serbia, Macedonia, Grecia, Bulgaria y Rumania fueron siempre los Balcanes: un lugar de paso de los distintos imperios (los bizantinos, los turcos, los rusos, o los austro-húngaros, en algún momento). Son países que no tuvieron identidad hasta el siglo XIX. Rumania aparece en la historia después de 1860. Bulgaria, en la misma época. Yugoslavia no aparece en la historia como tal hasta la primera guerra mundial. De manera que esos países no son occidentales, y creo que ellos van a tener que buscar otro modelo. Los Balcanes han sido siempre el punto débil de Europa, si es que son Europa.

Volviendo a lo principal, entonces, ¿qué va a hacer Rusia? ¿Va a mantener el imperio con Estados asociados, como podría ser el caso de Puerto Rico en Estados Unidos?, ¿va a estallar el imperio, con lo que se verá obligado a conceder la autonomía o la independencia a las distintas repúblicas?, ¿qué actitud va a tener frente a Europa? Esos son los puntos principales que yo quisiera plantear.

Boris Lvin:

Me resulta un tanto ajena esa visión según la cual el caso ruso debe examinarse como uno especial, que no obedece a las leyes generales de la historia. Creo que se puede hablar de la desintegración del imperio ruso en los mismos términos en que se puede hablar de la desintegración del gran imperio turco o de otros de dimensiones menores -si se considera el tamaño de la población de la nación principal-, como el pequeño imperio húngaro. Después de la primera guerra mundial, cuando del territorio del reino húngaro quedó apenas un tercio, la humillación nacional pasó a ser el tema central de la ideología política húngara. De la misma manera, puede hablarse también del imperio otomano, así como del establecimiento del Estado nacional alemán y de la desintegración del sentimiento imperial alemán. En suma, yo no veo en el imperio ruso nada que lo aleje cualitativamente de las leyes históricas generales.

En cuanto a los límites de Europa, por cierto, esta es una cuestión que siempre ha estado presente. Aunque hoy la frontera entre Rusia y Polonia pasa por el río Buk, hubo épocas en que no fue así. Los límites de Europa podrían trazarse también entre las regiones ortodoxas y las no ortodoxas. En

este sentido, Polonia y Croacia pertenecerían a Europa; en cambio no así Rumania, Serbia y Rusia. Pero puede considerarse que el límite de Europa es el río Elba, que divide Alemania en dos mitades: hacia el oriente del Elba la población campesina fue paulatinamente sometida a una condición de servidumbre; al oeste del Elba, en cambio, prevalecieron los campesinos libres. Esta es una frontera importante que divide también Europa. Hubo una época en que pudo considerarse que el límite de Europa era el Rhin, al oeste del cual predominaba el liberalismo en los estados alemanes, bajo la influencia francesa, y hacia el oriente predominaba el conservantismo. Los principados rumanos existían como estados nacionales desde comienzos del siglo XIX, y por tradición se consideraban parte de Europa. En este sentido pareciera que en los últimos doscientos años ha habido un proceso paulatino de ensanchamiento de Europa. Y los últimos sucesos en Albania -en la Albania musulmana- demuestran que este país está claramente deseoso de integrarse a la CEE (Comunidad Económica Europea). Por otra parte, tenemos el caso de El Tirol del Sur. Asimismo, podemos recordar los largos siglos de enemistad entre los alemanes y los daneses por dos ducados diminutos, Schleswig y Holstein. Y hasta ahora, como se sabe, los daneses no miran con simpatía a los alemanes.

A mi juicio, los procesos que en Europa se resolvieron en su mayor parte a mediados del siglo XX, en la región de Europa que se encontraba bajo el control soviético simplemente se aplazaron en unos cincuenta años. De manera que estoy totalmente de acuerdo en afirmar que el imperio ruso se formó mucho antes de que apareciera el Estado bolchevique.

El régimen de Hitler en Alemania fue la última forma de existencia de la conciencia imperial alemana, y sólo su derrumbe (que fue muy duro para Alemania) permitió que las ideas de democracia y liberalismo pudieran predominar sobre las de dominación imperial en la conciencia política de los alemanes. (Y en esto veo el contenido ideológico de la victoria alcanzada en la segunda guerra mundial.) Pero estos procesos en Rusia se retardaron. En este sentido, el régimen soviético es la última y monstruosa forma de existencia el imperio ruso, el que ahora debe dar lugar a un renacimiento sobre la base de nuevos principios.

Quiero decir sólo dos palabras sobre algo que dejé de lado en mi exposición inicial: deseo subrayar una vez más el hecho de que el proceso de establecimiento del Estado nacional ruso va a ser infinitamente complejo, y a modo de ejemplo diré que actualmente la atención de los observadores y políticos extranjeros suele concentrarse en las repúblicas del Báltico, en las del Cáucaso, algo en las repúblicas fronterizas de Asia Media y muy poco en Ucrania Occidental. Sin embargo, en el futuro cercano puede presentarse un

gran núcleo de tensiones en el corazón mismo de Rusia, en la región del Volga, donde, rodeado totalmente de población rusa, habita un verdadero mosaico de pueblos no rusos, los que se diferencian entre sí por su religión, historia, idioma, concentración de población e interrelaciones, etc.

En la república de Bashkiria, por ejemplo, el 40 por ciento de la población es bashkiria, otro 40 por ciento es tártara y el restante 20 por ciento es rusa. No obstante, la población de los principales centros industriales urbanos es Rusa, como la de la gran ciudad de Ufá (capital de la República de Bashkiria), un centro de industria química militar importantísimo para toda la unión, donde se concentra, además, la mayor cantidad de desechos venenosos en nuestro país. Por otra parte, las relaciones entre bashkiris y tártaros son sumamente tensas. Los tártaros, que tienen su propia república, Tartaria, donde ellos constituyen la mitad de la población, tienen pretensiones territoriales en Bashkiria y en una serie de repúblicas vecinas.

Es difícil imaginar cómo van a resolverse estos núcleos de tensiones. Pero Europa nos ha demostrado que tales complicados focos de tensiones, como por ejemplo, Silesia superior, donde parecía imposible encontrar una solución racional a los conflictos entre polacos y alemanes, finalmente se resolvieron. Toda la población alemana (tres millones de personas) fue enviada a Alemania. Esos nos son métodos democráticos o liberales, pero el sufrimiento de una generación, durante un breve tiempo y por una sola vez, compró la paz y la tranquilidad para las generaciones siguientes.

La historia de Europa nos muestra que aun en las situaciones más complejas de conflictos nacionales siempre se encuentra una salida, pero es imposible adivinar cuál va a ser esa salida. El futuro próximo será un período de búsqueda de soluciones a rompecabezas similares, uno de los cuales he mencionado aquí -el caso de los uzbekos y los tadzhikos-, pero de los que hay decenas en el territorio de nuestro país.

Arturo Fontaine Talavera:*

Respecto del futuro de Rusia, el profesor Lvin ha dicho que él imagina hacia adelante una fuerte dictadura provocada por una situación de humillación nacional. Habló, específicamente, de un reformador duro, y mencionó la situación de Alemania y de Japón, donde la fuerza habría venido desde fuera

*Profesor del Instituto de Ciencia Política de la Universidad Católica de Chile. Director del Centro de Estudios Públicos.

en el momento inicial -desde los Estados Unidos- y se refirió a la situación de Turquía. Ahora, yo quisiera preguntarle cómo ve él la base de sustentación de un gobierno dictatorial fuerte en Rusia, dada la situación que él mismo describe. ¿Cuál sería el proyecto nacional que es imaginable para una dictadura de este tipo? ¿Qué base social la apoyaría? Una de las fuerzas a considerar en este período es la religiosa: en qué medida, entonces, es imaginable un liderazgo carismático de tipo teocrático, como ocurrió, por ejemplo, en Persia, o alguna otra forma de conexión entre un liderazgo civil y religioso, con antecedentes en la historia rusa. Otra fuerza son las Fuerzas Armadas: ¿qué posibilidad hay de que el ejército dé origen a una dictadura? La tercera alternativa es un líder carismático civil, producto de un movimiento nacional. En suma, ¿qué tipo de liderazgo y qué tipo de grupo social podría sustentar este gobierno fuerte o dictadura reformadora en los próximos años?

Boris Lvin:

No podría señalar desde qué punto geográfico o capa social específica puede emerger el líder del renacimiento ruso. Al respecto, sin embargo, quizás nos sirvan algunas analogías históricas.

Tomemos el caso de Turquía. ¿Qué ocurría en ese país en 1919? Se habían separado de él las naciones que éste consideraba más próximas, hermanas; en primer lugar, las árabes. Estambul -el centro de la vida política de Turquía- fue ocupado, y se estableció allí un gobierno títere. Los líderes turcos del período anterior fueron desacreditados políticamente o juzgados en forma individual y alejados del poder. El gobierno del sultán, el gobierno tradicional, también fue desacreditado y perdió toda influencia. Los turcos, entonces, no tenían líder. Luego, en el corazón de Turquía, en la olvidada región de Anatolia, cerca de la frontera con Armenia, de pronto emergió un general que levantó la voz en nombre del campesino turco, olvidado y humillado. Sucedió en el lugar que menos se esperaba. Sucedió por obra de las personas de quienes menos podía esperarse. Personas que hasta entonces jamás habían participado en actividades políticas, como Kemal Pacha, un hombre que ganó su prestigio en el campo de batalla y no en la política. Personas que en el período anterior habían estado alejadas de la política. Asimismo, es muy sintomático el hecho que en Turquía se desacreditara también la base religiosa tradicional. Kemal, como se sabe, era un hombre profundamente antirreligioso, y Turquía, por extraño que parezca, era un Estado ateo, y en gran medida sigue siéndolo hasta hoy. No se trató de un golpe de Estado. El nuevo Ejército comenzó a formarse desde abajo,

a partir de cero: de los restos vencidos y desorganizados del antiguo Ejército turco.

Creo que un proceso similar, en algún grado, es muy posible en nuestro país, porque nuestro Ejército está sumamente desorganizado (como lo está la sociedad rusa entera). La dirección superior de las Fuerzas Armadas, los generales, comparten plenamente los valores de conservación de la unidad del Estado a los que me referí antes, y al mismo tiempo se distinguen por una antipatía hacia las transformaciones actuales, una profunda posición antidemocrática y un chovinismo beligerante. El mando superior de las Fuerzas Armadas goza de muy poco prestigio en el pueblo. Además, como el Ejército no es un instrumento de defensa nacional, sino de expansión externa, y las ideas de expansión externa también están sumamente desacreditadas, el Ejército en su conjunto no es ni puede ser esa institución que tradicionalmente cuenta con una gran confianza de la nación.

Recordemos que cuando el general Yuruzelski tomó el poder en Polonia, en 1981, una encuesta de opinión pública observó que el prestigio del Ejército entre los polacos disminuyó levemente y sólo por un breve lapso. Para los polacos, el Ejército garantiza la conservación de su Estado nacional. Por cierto, el actual gobierno polaco no tiene intenciones de reducir el Ejército ni de disminuir los gastos militares. En Rusia, en cambio, la idea de que el Ejército es un enorme parásito en el cuerpo del pueblo está sumamente extendida, y lo mismo sucede con la idea de que es necesario reducir los gastos militares.

En nuestro país, poco a poco, se ha ido produciendo como una desvalorización de las ideas; las que antes parecían ser ideas nuevas, ahora se han convertido en palabras vacías, frivolidades que dicen todos los políticos y que nadie practica.

Hace algún tiempo, una consigna muy socorrida, que llegó a ser como un sello de garantía de la seriedad de un político, era "yo soy partidario de un sistema bancario de dos niveles". Poco después, la palabra mágica era "privatización", y ahora la consigna que va tomando fuerza es "economizar en los gastos militares". Pero así como en el sistema bancario no sucedió nada (aparte de la desorganización), la privatización, hasta ahora, no se ve en el horizonte, y el año pasado los gastos militares no sólo no disminuyeron sino que aumentaron. Con todo, es interesante observar cómo la idea misma de reducir los gastos militares "se apodera de las masas", como señalaba Lenin, quien decía que una idea, al apoderarse de las masas, se transforma en una fuerza material.

¿Qué puede suceder con la Iglesia Ortodoxa rusa? Su situación es muy característica de la actual ideología rusa. En la Iglesia rusa nunca prendió un

movimiento semejante al protestantismo (tiempo atrás hubo uno, el de los "raskólniki", que fue derrotado). La Iglesia Ortodoxa no sufrió esa clase de transformaciones; ni las fracciones y corrientes ideológicas tuvieron jamás la fuerza, digamos, que han tenido en el Islam. Por paradójico que parezca, pienso que el Islam puede adaptarse más fácilmente al capitalismo que la actual Iglesia Ortodoxa rusa. Esta ha estado, desde hace mucho tiempo, muy unida a la cúpula superior del Estado. Así lo estaba en el tiempo de los zares y así continuó estándolo durante el período del poder soviético. En Occidente, al parecer, son pocos los que saben que la jerarquía superior de la Iglesia Ortodoxa rusa es designada, en esencia, por el KGB; en realidad, en la práctica funciona como una división del KGB (me refiero específicamente a la Iglesia Ortodoxa rusa, porque la Iglesia Ortodoxa georgiana, por ejemplo, es muy distinta). Recientemente los partidarios de la Iglesia Ortodoxa rusa han manifestado su apoyo a la corriente encabezada por el Presidente Gorbachov. Sus firmas se encuentran junto a las de los altos funcionarios, de los escritores chovinistas, de los directores de las grandes empresas militares, que exigen que Gorbachov restablezca el régimen de mano dura.

En Ucrania occidental, donde el año 1946 Stalin liquidó por completo a la Iglesia Católica griega dejando a la población en manos de la Iglesia Ortodoxa rusa, esta última demostró con toda claridad su carácter imperial, no ruso. Ahora que la Iglesia Católica griega es legal, se ha extendido como un torrente por toda Ucrania occidental, en tanto que a la Iglesia Ortodoxa rusa no le queda sino reconocer su culpa -como ya lo hizo, incluso, el aparato estatal, al admitir que había cometido un crimen el año 1946, cuando fueron eliminados físicamente miles de religiosos-. Pero la Iglesia Ortodoxa rusa, hasta hoy, no ha reconocido su culpa. La Iglesia Ortodoxa rusa ha estado abocada a una discusión carente de todo futuro, como lo es el problema de la autonomía de la Iglesia Ortodoxa de Ucrania. Paradójicamente, esta discusión sin destino ha sido la causa de que hasta hoy la nación ucraniana esté dividida entre católicos griegos y ortodoxos, y esta división parece ser mucho más profunda que la que existe en Alemania entre católicos y protestantes, quienes hace sólo unos meses se unieron, virtualmente, para enfrentar la expansión de la Iglesia Ortodoxa rusa. En este sentido, la Iglesia, la jerarquía moscovita, ayudó a la consolidación del pueblo ucraniano.

Por último, quiero llamar la atención sobre quiénes son hoy los fieles de la Iglesia Ortodoxa rusa. Los hay de dos clases: por una parte, personas de edad avanzada -ancianas y ancianos- que van a la iglesia por costumbre, por tradición, y por otra, intelectuales refinados, que llegan a la Iglesia luego de profundas reflexiones filosóficas, ejercicios y búsquedas espirituales. Pero en la Iglesia Ortodoxa están enteramente ausentes las capas medias.

En este sentido, el pueblo ruso sigue hasta hoy apartado de la religión. En Lituania, en Ucrania occidental, en Armenia y en Georgia, por ejemplo, la Iglesia fue mucho más perseguida que en Rusia, pero apenas se le dio libertad, renació de inmediato y comenzó una activa construcción de iglesias. En estas condiciones, por tanto, no es dable esperar cierto liderazgo de parte de la Iglesia.

La única fuente de nuevos líderes es la política. Quiero decir que los políticos actuales, los así llamados demócratas, aquellos que están en los Soviets Supremos, son personas de los años sesenta, son personas para quienes el ideal superior, ideológicamente hablando, era el marxismo. Su ideal económico o era el modelo yugoslavo, o bien, para los más radicales -los que ya se consideraban extremistas- el modelo sueco. Estas son las personas que forman actualmente la nueva élite política que compite con la antigua élite comunista. Para que puedan surgir nuevos líderes de las esferas militares o religiosas, e incluso de las esferas políticas, se necesita que previamente haya más cambios radicales en estas tres áreas de la vida social. Por ahora, es imposible predecir de dónde van a surgir nuevos líderes: la nueva élite.

David Gallagher:*

Yo quisiera volver un momento a la hipótesis de que los rusos no tienen una conciencia nacional. Y me pregunto por qué no se puede crear una conciencia nacional en Rusia, por qué no lo puede hacer un partido o un liderazgo inteligente. Porque la desaparición del imperio, en el fondo, tendría que ser más bien un alivio.

Cabría preguntarse cuáles son los efectos económicos del imperio. Muchas veces se piensa, equivocadamente, que el imperialista deriva un beneficio económico de sus subditos. En el caso de la Unión Soviética, el imperialismo significó, al contrario, un subsidio neto a países como Polonia y Checoslovaquia. El hecho de que los países de Europa Oriental ya no estén en la red soviética tendría entonces que significar un beneficio económico -para no hablar de lo que sucedería si Cuba quedase fuera. En el caso de los países asiáticos musulmanes hay un subsidio muy claro hacia ellos, y

*Presidente de la Cámara Chileno Británica de Comercio. Ex profesor de Literatura en la Universidad de Oxford (Saint Antony's College). Miembro del Consejo Directivo del Centro de Estudios Públicos.

tal vez eso explique por qué sus ciudadanos son menos afanosamente independientes que los de otras repúblicas.

En fin, si no hay posibilidad de que los rusos tengan una conciencia nacional que no esté predicada en la expansión colonialista, ¿cómo se explica la popularidad -relativa, tal vez, por la falta de alternativas, pero popularidad al fin- de Yeltsin, siendo que él es el primer político que postula esta idea de una Rusia independiente? Quizás el atractivo relativo de Yeltsin se deba a que él esté en contra de Gorbachov; que por tanto es una popularidad meramente anticomunista. Pero es un hecho que Yeltsin sí plantea esta idea de una Rusia que se retrae.

Hay muchos precedentes históricos de países que se han liberado de su imperio, con algún dolor, sin duda, pero sin sufrir una humillación devastadora que desemboque en un gobierno tiránico. Países como Holanda, Francia y Gran Bretaña se han liberado de imperios, y aunque tal vez algunos de ellos aún no se hayan recuperado totalmente de la experiencia, no involucró una catástrofe y no comprometió su condición de países democráticos. Si bien creo entender cuál puede ser el ambiente de frustración en Rusia en estos momentos, estoy seguro que se podría crear una conciencia alternativa, de una Rusia aliviada de sus responsabilidades foráneas, dedicada a disfrutar de lo propio, dentro de un territorio que después de todo seguirá enorme.

Boris Lvin:

Al igual que usted, yo tampoco soy partidario de una dictadura para Rusia. Me gustaría mucho vivir en una Rusia democrática. Pero el hecho es que la conciencia nacional rusa se encuentra apenas en proceso de formación. Aunque haya ciertas señales de que este proceso puede avanzar rápido, lo cual me hace abrigar esperanzas, los caminos son paradójicos.

Por ejemplo, usted decía que Yeltsin se presenta como partidario de la independencia rusa. Es verdad, Yeltsin subraya siempre que él está a favor de la soberanía rusa, pero por otra parte dice que nunca ha sido ni podrá ser partidario de la desintegración de la URSS. La expresión "soberanía del Estado" ha adquirido actualmente un carácter similar al de la consigna del sistema bancario de dos niveles. Yeltsin puede decir que es partidario de la soberanía de su ciudad, Leningrado, y a la vez sostener que en ningún caso se opone a la mantención de la URSS. Cómo pueden compatibilizarse ambas cosas, nadie lo entiende. Otra cosa es que Yeltsin llegue paulatinamente a reconocer la inevitabilidad de la desintegración de la unión. Como se sabe, el setenta por ciento de la población rusa votó en el plebiscito a favor de

conservar la unión. Pero si en el mismo plebiscito se hubiera planteado la siguiente pregunta: "¿Está usted de acuerdo con preservar la unión por medio de la fuerza?", la votación a favor no habría sido la misma. Es decir, la desintegración de la unión ya no se siente como un bien, sino como una necesidad amarga y lamentable. Y cuando una nación tiene que enfrentarse a una amarga y lamentable necesidad, queda una huella muy dolorosa en la conciencia. La particularidad de Yeltsin consiste en que él es como el espejo del pueblo ruso; allí estriba la base de su popularidad. Si usted quiere saber qué piensa actualmente el pueblo ruso, qué piensa la misteriosa alma rusa, basta observar qué dice y qué piensa Yeltsin. En la medida en que él reconoce la inevitabilidad del capitalismo, más o menos en igual medida la reconoce el pueblo ruso. En la medida en que él reconoce la inevitabilidad de la desintegración del país, en esa misma medida la reconoce el pueblo ruso.

Los discursos de Yeltsin son una colección de muy buenos deseos que no pueden compatibilizarse entre sí. Simplemente no puedo imaginar cómo se podrían realizar democráticamente unos y otros. □